

LA SEMANA CÓMICA.

DIRECTORES

LITERARIO.
J. F. de la Reguera.

ARTISTICO.
Ramón Escaler.

ACTRICES CATALANAS, por Escaler.



ADELA CLEMENTE

Tiene talento, gracia, gallardía...
¿Le parece á V. poco todavía?



GIMNASIA CON APARATOS

Mens sana in corpore sano, como dice el Evangelio higiénico del día.

Es preciso robustecer el cuerpo á todo trance, porque se nota en los hombres del día un funesto desequilibrio entre el ejercicio físico y la educación intelectual, ó si quieren ustedes, psíquica, que es una palabra muy del caso, y sobre todo, muy indicada para después de tomar rapé.

La gimnasia se impone y el gimnasta se impone mucho más, gracias á sus buenos puños.

No olvidemos que la patria puede necesitar de nosotros cualquier día, y cuando la patria llama, no llama á nadie para hacer discursos, sino para repartir guantadas al audaz invasor ó bien al infiel marroquí.

Claro es que algunas personas se tienen á menos—mejor dicho, se tienen á monos—de trepar por la cuerda de nudos, voltear en el trapicio ó hacer públicas flexiones de piernas en la sala de un gimnasio; mas para ellas se ha inventado la gimnástica casera, con ó sin ayuda de las pesas de hierro que toda persona higiénica y previsora debe guardar debajo de la cama, como instrumento de trabajo matinal y arma ofensiva en los casos de apuro.

—¿Qué haces ahí?—preguntamos á un amigo, á quien sorprendimos abriéndose de brazos con unas pesas gimnásticas de á 20 kilos.

—Son mis ejercicios matinales. Primero me olvidaré de lavarme la cara que de trabajar un rato con las pesas. De este modo se hace uno más robusto, fuerte, ágil...

—Y duro al hierro, necesariamente.

—Toca estos brazos; ¿no ves mis músculos de hierro?

—Es verdad; parecen dos pelotas del *Jai Alai*.

—En cambio, tú pareces de mantequilla. ¿A ver ese pectoral?..

—¿Cómo pectoral? Tu me has tomado por el obispo de la diócesis.

—No, hombre: me refiero al músculo. ¿Ves? Todo es fofo, débil, sin consistencia. ¡Cuánto darías tú por mi robustez! Si esto pudiera improvisarse, y al llegar á casa te encontrases la carne dura...

—Despedía á la cocinera inmediatamente.

El comer, el rascar y el hacer gimnasia, todo es empezar.

Si el primer día siente uno agujetas por todo el cuerpo, eso dura poco; en la primera semana desaparecen del todo y pasan en legado al discípulo que viene detrás.

Es verdad que se hacen callos en las manos, pero, en cambio, suelen deshacerse los del pie si cae una pesa con oportunidad.

Al poco tiempo se abre el apetito, siente uno la satisfacción de la propia fortaleza y se pasa el día buscando ocasiones de refir.

—Voy á medir mis fuerzas con Fulano—dice el gimnasta, braceando con sus pesas.

Y algún amigo le responde con inocencia, viendo á sus pies tanta y tanta bola de hierro.

—¿Que las vas á medir? Pues cualquiera diría que las ibas á pesar.

Por regla general, el que hace gimnasia mira con lástima á sus semejantes, creyendo que son alfeñiques y hombres para poco.

—¿Dónde va V. con esas espaldas?—le dicen al primer conocido que hallan al paso.

—A todos los sitios; ¿lo creerá V.? No me las dejo nunca en casa.

—Vaya, hombre—añade el forzudo levantando la pantorrilla,—haga V. el favor de tocar esta tibia, ¿qué le parece á V.?

—¡Caramba! ¿y le llama V. tibia? Pues si está ardiendo.

—Naturalmente: como que vengo de hacer gimnasia con los pies.

—¡No sea V. modesto, por Dios! V. tiene cara de hacer gimnasia á las mil maravillas.

Mientras la inteligencia se desarrolla con la lectura de los buenos modelos, el cuerpo se fortifica y robustece imitando á los buenos modelos... para pintor.

Así me lo aseguraba un amigo que es todo un acróbata vergonzante.

—Cuando se siente la cabeza débil, no hay nada mejor que los ejercicios gimnásticos. Da uno cuatro saltos, hace media docena de flexiones y ya está en disposición para trabajar de cabeza.

—¿Cómo los clowns?

—No, hombre: intelectualmente, quiero decir.

Los antiguos se fijaban más en estas cosas.

Las educaciones físicas eran obligatorias; aquellos juegos olímpicos, aquellas carreras, aquellos luchadores, aquellos juegos del disco, pasaron para no volver.

¿Dónde están hoy los discóbolos?

Ahora tiran al barrón.

Por fortuna, se conservan los discos... cerca de las estaciones de ferrocarril.

Y basta de erudición profunda y asombrosa.

Para seguir por este camino tendría que hacer reflexiones y reflexiones con un par de tomos de J. P. Larrousse.

Cosa, en verdad, superior á mis fuerzas.

En los gimnasios de ahora no se habla de filosofía como en los griegos, pero en cambio se encuentra V. con media docena de sujetos dispuestos á mover el mundo mejor que Arquimedes, sin palanca, ni punto de apoyo ni nada.

(La erudición asoma la oreja por segunda vez).

Con la mayor inocencia entra V. en alguno de esos locales y se encuentra con dos caballe-

ros en mangas de camisa, uno enfrente de otro y moviendo los brazos arriba y abajo.

—¿Qué es eso?—pregunta uno asustado.—¿Se quema la casa?

—¿Por qué lo dice V.?

—Es que creí que estaban Vds. dándole a la bomba.

Otro sube y baja los brazos tiesos, llevando en la mano dos pesas como dos martillos de herrería.

Parece que ruega á Dios y da con el mazo al mismo tiempo.

Dos ó tres de aquellos atletas rodean en un momento al visitante.

—Venga V. al trapecio—dice uno.

—No: á las paralelas—exclama otro.

El de más allá pregunta:

—¿Sabe V. dominarse?

—Hombre, no; generalmente, me dejo llevar. Y al fin y al cabo, el curioso sale del local muerto de envidia.

Un sujeto, después de una de estas visitas, se compró una pesa de siete arrobas y trató de levantarla á pulso.

—¡Sudarías el quilol!—le decíamos.

—¡Ca, hombre!—respondía;—sudé las siete arrobas.

LUIS ROYO VILLANOVA.

¡AL OTRO MUNDO!

(ILUSTRACIÓN DE MECACHIS. FOTOGRAFADOS DE LAPORTA).

PRIMERA PARTE



A verdad es que tener..... tengo un tenor.

—Pues es tener.

—Si no da siete golpes, por lo menos puede cumplir en el repertorio.

—Sí; como pudiera cumplir en Ceuta ó en Melilla.

—No se encuentra un tenor de bien; y cuidado que el contrato no es despreciable. Una expedición empezando en el Norte de América y terminando en el Sur.

—¡Caramba!

—¿Qué?

—Que es una lástima que yo no sea tenor siquiera de medio cuerpo. Voz no me falta, pero algo oxidada.

—Sí: parece que le sube á usted desde los botillos hasta nuestros días.

—¿Y como baritono?

—Tampoco, hombre, tampoco; para el cuadro de compañía que llevo, ¿había de contratar como baritono á un acordeón? Por otra parte, que ya tengo baritono contratado.

—¿Quién es?

—Bejarano.

—¿El Pegote?

—¿Eh? ¿No conoce usted á Bejarano? Es un artista que ha cantado con los primeros de zarzuela, aunque á honesta distancia; porque él ha sido siempre muy respetuoso.

—La expedición es tentadora.

—Ya lo creo: ¡dar la vuelta al mundo por América! ¡Y escrituras por dos años salteados!

—¿Salteados?

—Justo: consecutivos respectivamente.

—¡Dos años!

—Y la tiple.....

—¿Dos años y la tiple?

—Digo, ¿qué le parece á usted la tiple?

—¡Ah! Buena moza.

—Como artista, preguntaba yo. ¡Bonita voz! ¿eh? Tiple al natural.

—Sí, muy natural.

—Tiple pura.

—Eso de pura es un exceso de adulación.

—Sin complicaciones.

—Según, según. No va uno á creer todo cuanto digan, pero hay cosas.....

—Ya ve usted: Damián me ofrecía su esposa.

—Lo creo.

—Dice que tiene un repertorio escogido, y

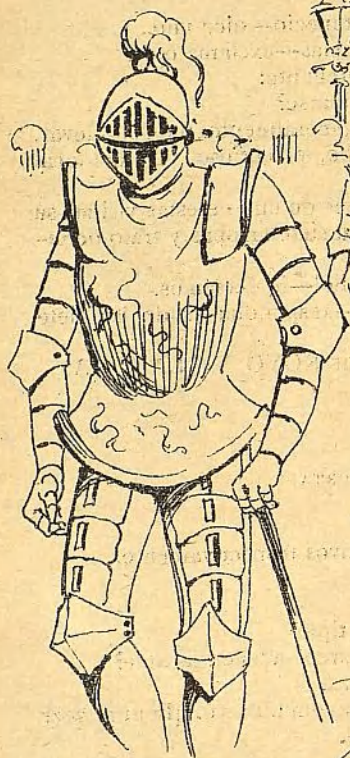


será verdad, porque ella ha trabajado mucho; pero tenía que cargar con él.

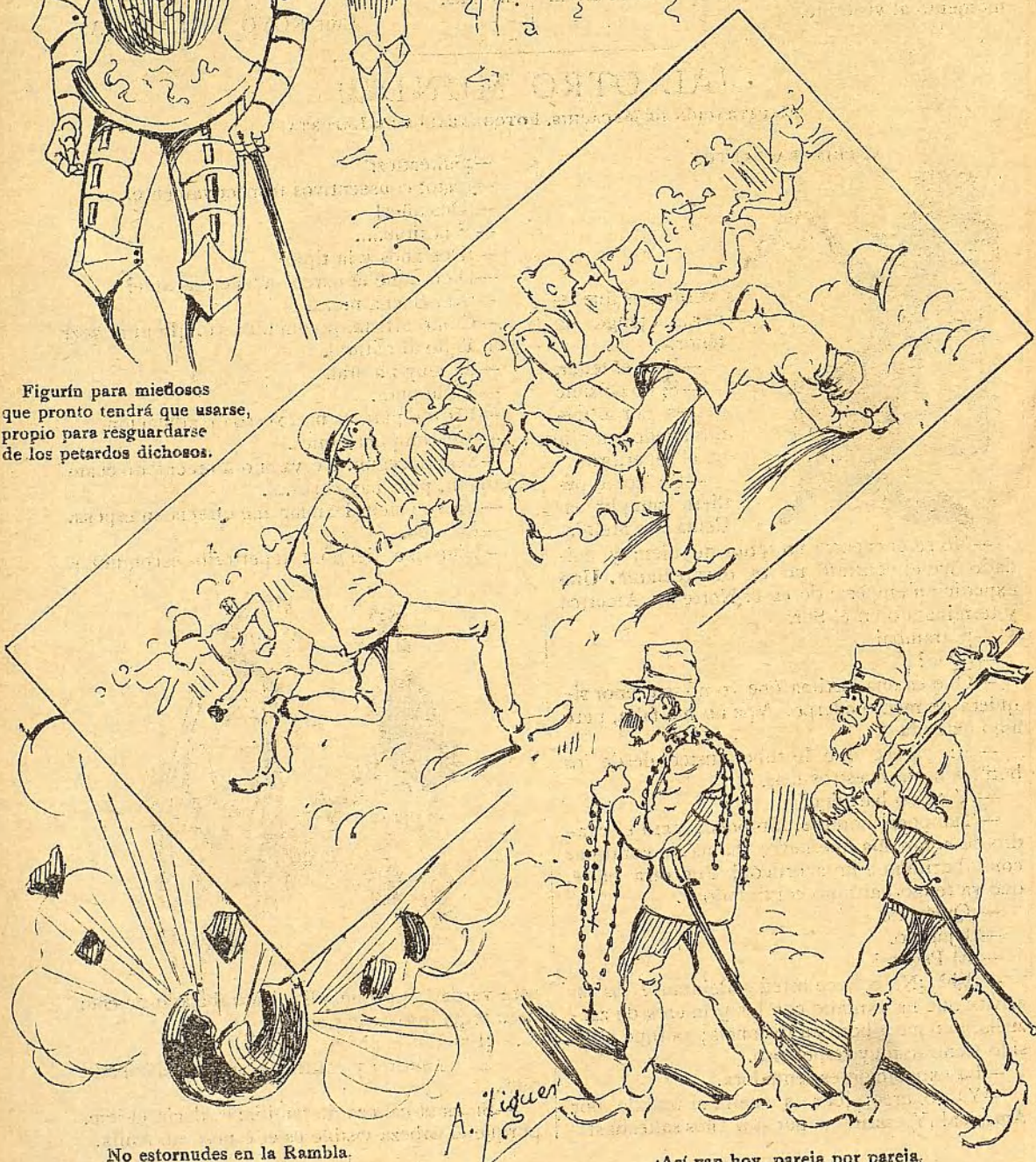
—¿Usted ó ella?

—Yo, hombre; y contratar también al cuñado que.....

—Sí, es el cabeza de familia; es decir, el jefe, porque el cabeza visible es el esposo de Anita.



Figurín para miedosos
que pronto tendrá que usarse,
propio para resguardarse
de los petardos dichosos.



No estornudes en la Rambla.
que si suena el estornudo,
¡verás tú la que se arma!

¡Así van hoy, pareja por pareja,
para que Dios clemente les proteja.



La bruja de la superstición.

La bruja auténtica.

—Francamente, llevarse á tantos zánganos..... que es lo que me pasa con usted.....

—Muchas gracias.

—El negocio es bueno, pero si empezamos á tirar el dinero..... Luego que esas formaciones por familias nunca salen bien.

—Dice usted bien; es llevar una compañía de boquerones fritos; por manojos. Pero yo soy solo y mocito y libre.

—Es imposible recargar el presupuesto con un apuntador más.

—Iría como segundo.

—También tengo segundo y le he dado el préstamo.

—Como tercer apunte.

—Nada.

—¿Ni como tercero con entresuelo?

Esta escena se repite durante el día un sinnúmero de veces.

En su casa, en paseo, en el teatro, en todas partes acometen al caballo blanco ultramarino ó peninsular damas y galanes vacantes.

Le esperan, le ojean.

—¡Ahí vienes!—se avisan unos á otros.

Y cada cual habla pestes de los compañeros de profesión.

—No se lleve usted á ese, que es un curda.

—No contrate usted á Fulano, que no tiene ropa.

—Mire usted que Elisita está en estado..... excepcional, según malas lenguas, avisa otro artista.

Llega el día anhelado.

La compañía se embarca para Nueva York.

Los felices, los escogidos.

Los que no han logrado contrato quedan sumidos en la tristeza de la falta de manutención, tal vez.

—Permita Dios que naufraguen—pide un bajo con sordina, á quien no quiso escriturar el empresario rico.

—El que me la hace me la paga—añade un tenorino—y ese me la hecho.

—Si le diera el vómito negro, ó la fiebre amarilla, ó la viruela azul á ese infame de tenor de Guignol....

SEGUNDA PARTE

—¿Y cómo le vá á la compañía de Canuto y Bejarano y demás artistas de ambos sexos?

—¡Pobrecitos! Algunos andan ahora por Caracas haciendo zarzuelas en las plazas y calles principales, para recoger una limosna del círculo.

—¿Del Círculo Mercantil? ó.....

—Del círculo que forman alrededor de los artistas los transeúntes.

—¿A ese extremo han llegado?

—¡Vaya! El tenor se quedó en Buenos Aires.

—¿Cantando?

—Empleado en la limpieza municipal.

—¿Y la tiple?

—La alquiló un inglés por semestres anticipados.

—¿Y el marido?

—Le trajeron á España, en clase de lastre. Aquello está muy malo. He visto en Montevideo



á varios que eran aquí subsecretarios, á veces, y Directores de ramos diversos, unos colocados como serenos del comercio y otros en faenas agrícolas como agentes inferiores.

—¡Qué horror!

—Pero los teatros, particularmente, están perdidos. Yo he sido el único que ha conseguido algo.

—¿Sí, eh?

—Verdad es que allí afinan la puntería; han adelantado mucho; todo lo han visto ya..... Tantas funciones hemos tenido, tantos llenos.

¿Y mis beneficios? Tres hice: uno en Bogotá, otro en Buenos Aires y otro en Montevideo.

—¡Una fortuna!

—¡Pschl regular, regular. Pero las demás compañías..... ¡infelices! algunos artistas se fueron hacia las Pampas.

—¿En clase de indios?



Pero después se sabe que si bien es cierto lo del fracaso de los otros, él no ha escapado mejor.

Lo de «afinar la puntería», es verdad; porque al «afortunado actor» le saltaron un ojo con una peladilla, cuando se «hacía el loco» en *O locura ó santidad*.

El dice que fué un estuche con una botonadura de brillantes lo que le tiraron á escena.

—Se entusiasman de tal suerte con los verdaderos artistas, que en nada reparan.....

—¿Y los matan?—le preguntó un compañero que le conoció con dos ojos en buen uso.

Por otros *compañeros* se ha sabido cómo ha vuelto el infeliz á España

A nado con otros dos ó tres *touristes forzosos*.

EDUARDO DE PALACIO

27 abril, 1892.



CONFITEOR

—Vamos, cuéntame tus penas.

—Es que he delinquido tanto, que no sé empezar y apenas si me deja hablar el llanto.

—Tu dolor me causa mal.

¿Surcar el llanto tu tez y aun estás en el umbral risueño de la niñez?

Confíesame tus dolores.

—Si es que he pecado de un modo...

—Pues desecha tus temores, que Dios lo perdona todo.

Conque comienza, hija mía.

—Bien, Señor cura; confieso que mi primo el otro día me dió á escondidas un beso.

—¿Y qué le dijiste?—Nada.

—Te llenarías de enojos; te pondrías colorada y bajarías los ojos.

—¡Ay, si, padre! Justamente.

—Y el después se arrodilló, juró amarte eternamente...

—Padre, ¿quién se lo contó?

—Y tú, confiada y loca, sin vislumbrar su malicia, permitiste que en la boca te dejara una caricia,

que para él era un capricho y que á tí te supo á miel.

—Pero á V. ¿quién se lo ha dicho?

—¿Quién me lo ha dicho? ¡Pues él!

¡Si se acaba de marchar!

Vínome el pobre á decir que se quería casar contigo, y me eché á reir.—

—¿Se echó usted á reir? ¿Por qué?

—Porque es un mocoso y ya...

—Padre, ¡no lo crea usted!

—¡Y tú una chiquilla!—¡Quí!—

—Os casaréis cuando llegue el capullo á hacerse rosa, y la pubertad despliegue tus alas de mariposa.

Aun no tenéis picardía ni formalidad.—¿Que no?

—¡Si lo sabré yo, hija mía!

—Padre, ¡si lo sabré yo!

José M. ALMODOBAR.

CARTA ABIERTA

Al director de LA SEMANA CÓMICA, D. José Fernández de la Reguera.

Mi respetable señor:
(y conste que esto lo digo, mas que por boca de amigo, por bolsa de cobrador):

He visto hoy en LA SEMANA, (periódico literario que usted dirige... al contrario, cuando le da la real gana) que vuelve su nombre á ir en un sitio preferente, como diciendo á la gente:

«¡Ahora, voy á dirigir!»

Eso, y estar enfadado, porque me dijo aquel día que mi última poesía no le había á Vd. llenado, es lo que, con terco abinco (y el ripio, naturalmente)

me hace decirle á la gente cuantas son tres y dos: cinco.

Si señor: voy á cantar las verdades del barquero y me las va usted á pagar... con dinero y sin dinero.

¡Pues qué! ¿Porque es director y paga, si á mano viene, ya se cree usted que tiene debajo á este redactor?

¿Se ha creído de ese modo que era invulnerable usted?

¡Si Aquiles tenía un pié y usted tiene dos y todo!

Yo le probaré á la gente que á usted, como director, no le gana ni el mejor.... en lo vago solamente.

¡Qué! ¿Se dirige poniendo el nombre en la *cabecera*, para decirle á cualquiera lo que me está aun escociendo?

¿Se dirige de ese modo?

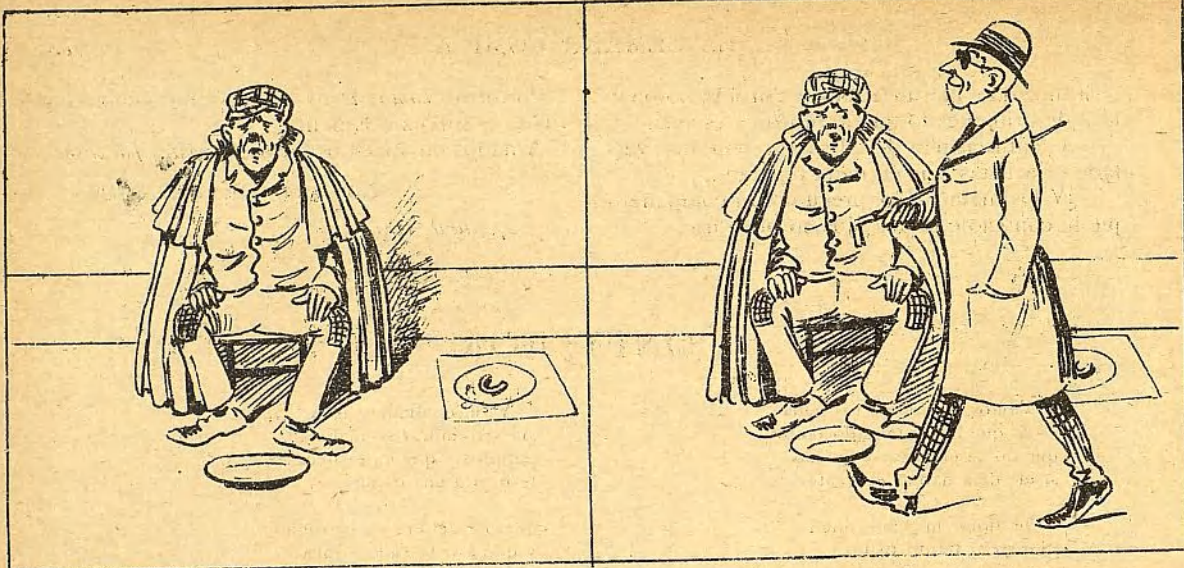
¡Basta para dirigir ver algo mio y decir:

No me llena esto del todo?

Pues no, señor; ni eso es justo ni se me puede culpar de que usted para juzgar tenga... así... tan ancho el gusto.

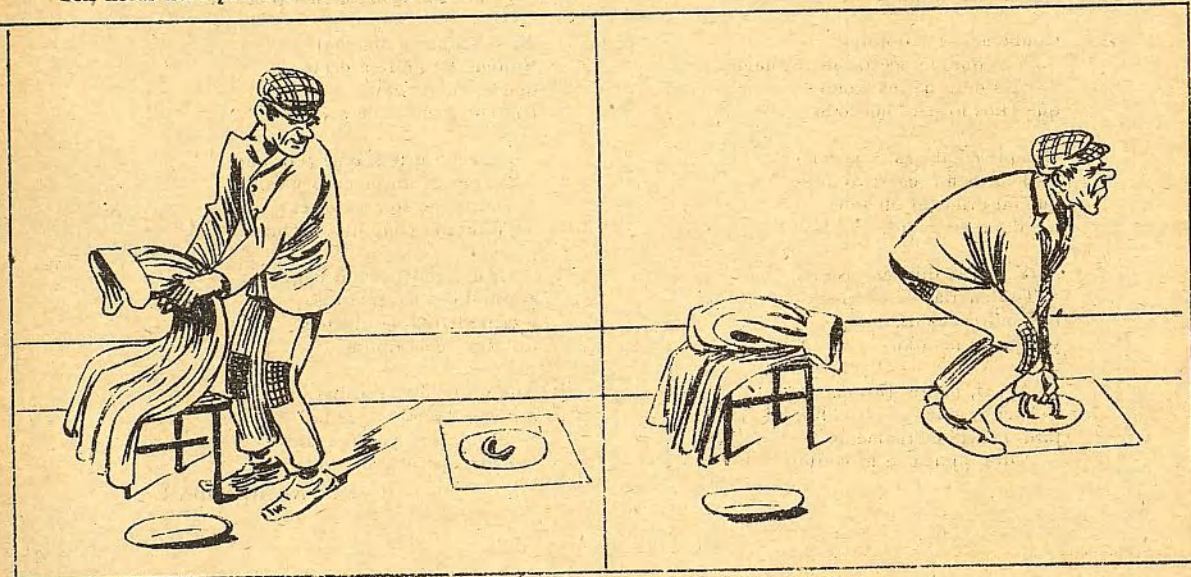
Además: ¿por qué eran malos mis versos? ¡Diga por qué, si es que quiere hacer usted oposiciones á palos!

¿Porque hay en ellos simplezas y muy poquita armonía?



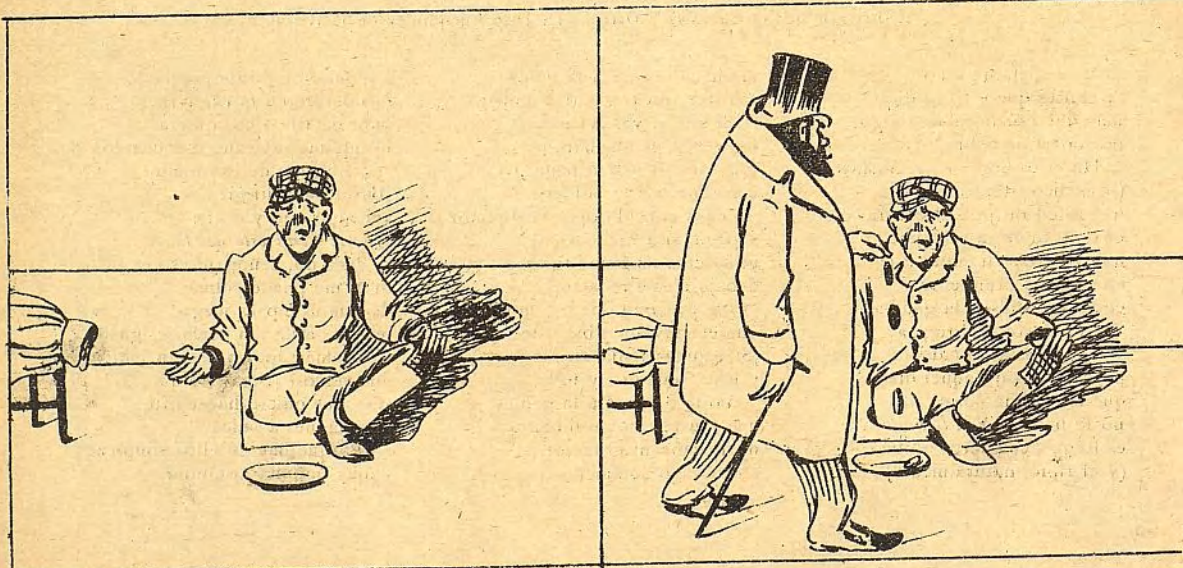
Seis horas llevo pidiendo limosna... y como si no.

Pasa un transeunte... y nada.

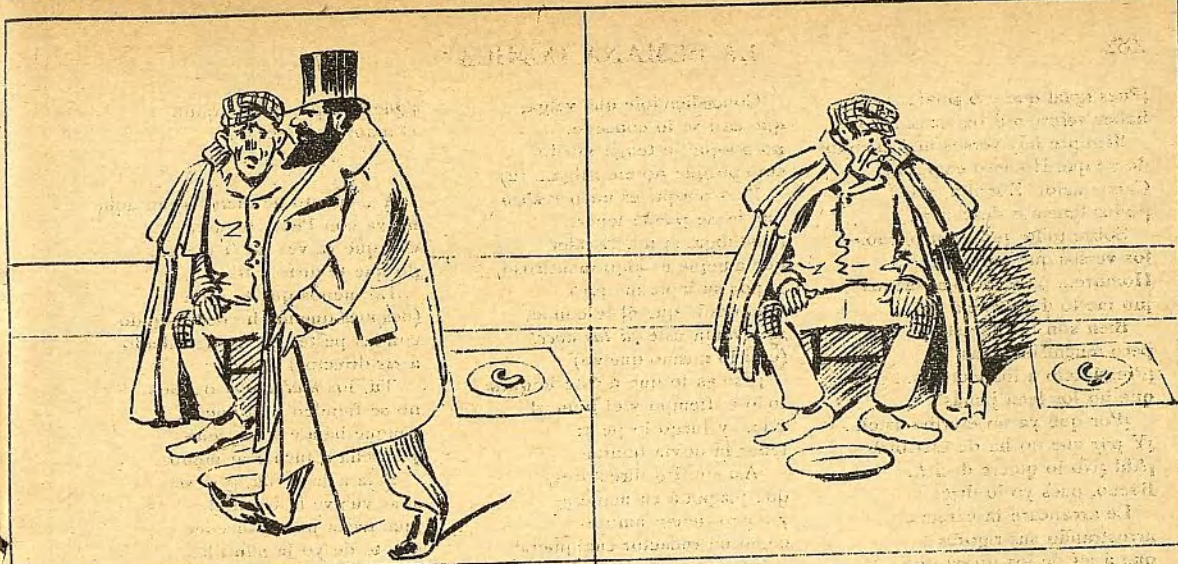


¡Qué ideal!

¡Aupa!..

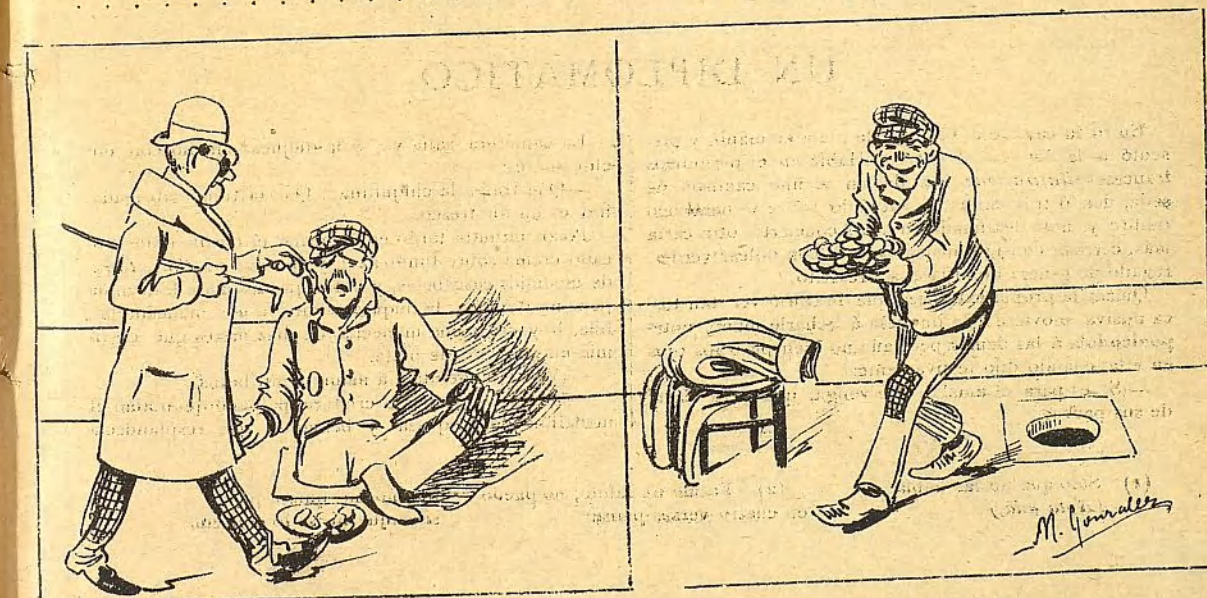
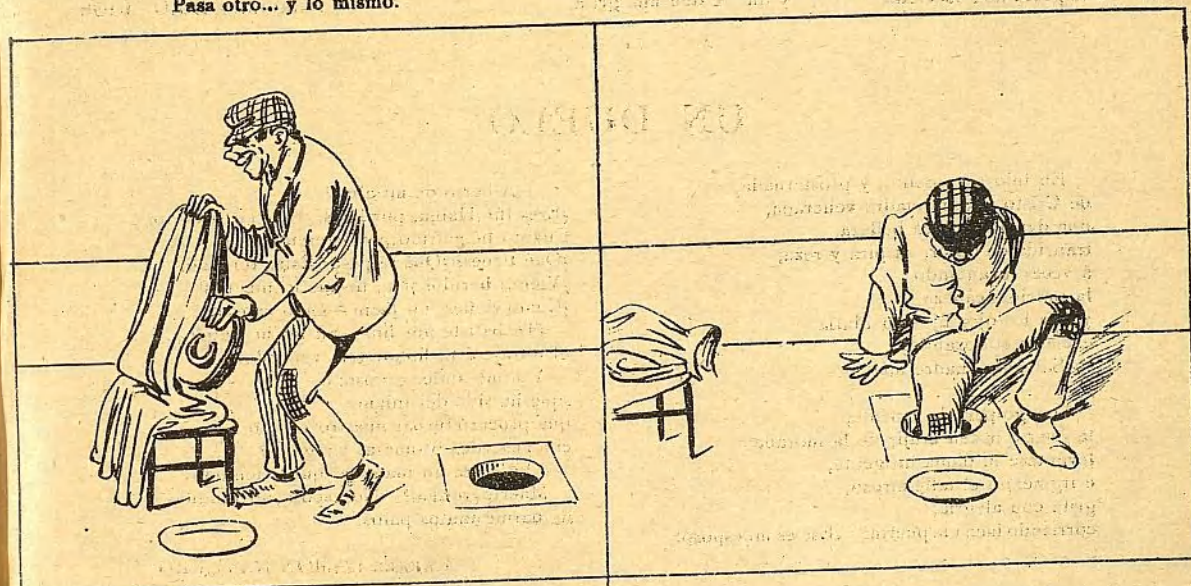


Una limosna para un pobrecito impedido á quien le falta una pierna...



Pasa otro... y lo mismo.

Pero... ¡calla!



¡Llor al ingenio!

¡Pues igual que eso podía haber veinte mil bellezas!.. (1)
Siempre hay versos mal medidos desde que Homero empezó...
Campoamor, Zorrilla, yo...
¡todos tenemos descuidos!

Sobre todo: ¿no eran buenos los versos que yo escribí?
Hombre... pase; pero al menos ¡no me lo diga usted á mí!

Bien son los de usted peores, pero muchísimo mas.

¡Pregúntelo á los lectores... que no los leen jamás!

¿Por qué ya no escribe usted?... ¿Y por que no ha de escribir?

¡Ah! ¿No lo quiere decir?... Bueno, pues yo lo diré.

Le arrancaré la careta arrojando sus rigores, que á mí de los directores no me importa una cuarteta.

Concediéndole que valga, que casi se lo concedo, no porque le tenga miedo sino porque no me salga... (2)

Pues porque es un perezoso que no se puede tener.
¡Que diga, si no, Escaler, que aunque es algo mentiroso, por su lapiz me juró que, desde que él le conoce se levanta usted *¡á las doce!* (casi lo mismo que yo)

¡Eso es lo que á usted le quita todo el tiempo y el humor! Eso... y luego lo peor: tener la novia bonita.

¡Así son los directores, que juzgan á su manera, y luego tienen amores como un redactor cualquiera!

Sufra usted esa humillación y que le den una grita.

¡Que se sepa, que le quita el amor la dirección!

Y... cuanto he dicho hasta aquí no va con Pepe Reguera; con que ya ves tú, si fuera... ¡lo que te diría á tí!

Lo menos que te diría (después que me he desahogado con las pestes que le he echado á ese director) sería:

Tú, los *matadores* buenos no se tienden á la buena; conque bájate á la arena y enseña á luchar al menos.

Baja á la arena, ¡y á ver si se vuelve la tortilla! ¡que hasta puede suceder que te dé yo la puntilla!

MARCIAL DE LOS RIOS.

UN DUELO

En lujoso aposento, y prosternada, de Cristo ante la madre venerada, una dama de célica belleza, transida de dolor, suspira y reza; á veces levantando la preciosa cabeza, y con los ojos fijos en María, exclama sollozando:
—¡Salvadle, madre mía!

Dos golpes, de repente, la puerta hacen crujir de la morada; levántase la dama diligente, é irguiendo el talle airoso, grita con alegría, corriendo hacia la puerta: —¡Ese es mi esposo!

—¡Alberto de mi alma!
¿Eres tú? ¡Habla, por Dios! ¿Eres mi Alberto?
Cuánto he sufrido ¡ay! te creí muerto;
¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Estás turbado...
¿Vienes herido? ¡No, no me lo niegues!
¿Cómo vienes, mi bien?—Algo cansado.
—¿Te batiste por fin?—Sí: me he batido; el ultraje á tu honor está vengado.
—Y dime, dulce esposo: ¿qué ha sido del infame que procuró turbar nuestro reposo con sus viles promesas y regalos?
—Allá entre un matorral quedó tendido.
—Muerto ¿verdad?—No, esposa, no, rendido... de darme tantos palos.

RAFAEL RAMÓN NAVARRO.

UN DIPLOMATICO

Entró la camarera, bandeja de plata en mano, y presentó á la duquesa el correo. Había en él periódicos franceses, *ilustraciones* metidas en su fino camisón de seda, dos ó tres cartas de satinado sobre y heráldico timbre, y, nota desafinada en aquel concierto, otra carta más, cerrada consigo misma, sellada con obleas verdes, regado de gruesa arenilla el sobrescrito.

Quizás la propia extrañeza que le causó ver tan tosa misiva moviese á la duquesa á echarle mano, anteponiéndola á las demás; pero aún no bien puso los ojos en ella, cuando dijo festivamente:

—¡Si es para el amal... Que venga, que tiene carta de sus padres.

La camarera salía ya, y la duquesa añadió con mucho interés:

—Que traiga la *chiquitina*... Que la traiga abrigada; hoy es un día fresco.

Pocos minutos tardó en menearse el cortinaje de brocado crema sobre fondo azul, y en oírse un *tin... tin...* de menudos cascabeles, y antes que asomase la fornida persona del ama, la duquesa sonrió á una manecita pálida, hoyosilla; una manecita de diez meses que esgrimía un sonajero de plata.

—¡Vente, angelote... á mamá... mil besos!

—Mmiii...—gorjeó la criatura, palpando con afán el medallón de turquesas y brillantes que resplandecía

(1) Sólo que no las había.
(Nota mía.)

(2) Ya me he salido; no puedo en cuatro versos pensar

que no me quiera pagar si es que no se lo concedo.

sobre la bata de negro terciopelo de la dama, mientras las caricias de ésta, como golosas moscas, se le posaban sobre el cuello, frente y ojos.

— Está descolorida, ama... está ojerosita... ¿Cómo ha dormido? ¿Qué dice *miss*?

— *Miss* dice... es decir, no dice nada... Ay, sí: dice que también allá por su tierra los chiquillos, cuando andan con dientes... ya ve Ucencia... rabian de Dios y se ponen *ismirriaditos*.

Alzó levemente los hombros la duquesa, como indicando: «Buen par de apuntes estáis tú y *miss*.» Y habiéndose á sí misma, murmuró:

— Sánchez del Abrojo no debe tardar... ¡Ah! — pronunció ya con voz más fuerte; — ama, aquí hay carta de tu casa...

En vez de alegrarse, se oscureció el semblante del ama, moreno, tostado y recio, cual los molletes de pan de su país.

— ¡Y qué dirá ahí, Ucencia! — suspiró sin extender la mano para tomar la epístola. — Nunca por cosa buena escriben.

— ¡Qué sé yo, mujer! Te hablarán de tu madre... del chico que te dejaste... de las vacas, ¿eh? ¡o te pedirán dinero! Anda, toma, sal de dudas.

— Ucencia ha de dispensarme... como yo no sé de letra... y en la cocina á lo mejor se burlan de las cosas que me cuenta el señor padre, que es quien pone las cartas... — suplicó el ama, medio enternecida ya.

— Vamos, querrás que te la lea, ¿no es eso?

— Si Ucencia se quiere molestar...

Al decir esto, se apresuró á coger la niña, que por su parte no anduvo rehacia en irse á los robustos brazos del ama, la cual, previo un «con el permiso de Ucencia...» desabrochó el justillo, alzó el pañuelo de vivos colores que se cruzaba sobre su seno de Cibeles, y metiendo en la boquita del ángel lo que éste más deseaba, volvió á cubrirese con tanto recato como si delante de un regimiento se encontrase. Rasgó la duquesa el toco sobre, y aún no lo había desdoblado, cuando se oyeron pisadas de botas rechinantes y varoniles en el pasillo, y una faz correcta, patilluda, apareció entre los pliegues del cortinaje, y una voz que apoyaba mucho en las erres, preguntó:

— ¿Estás visible, hija? ¿Puede entrar Sánchez del Abrojo?

— Adelante, adelante, doctor... ¡Pues ya lo creol! Pensando estaba en él ahora mismo.

Hízose atrás el duque para dejar pasar primero al doctor, según manda la cortesía, y ambas notabilidades (cada uno de los recién entrados lo era en su género) se adelantaron hacia el rincón del gabinete donde se destacaba la airosa cabeza de la duquesa sobre un fondo de aterciopelado follaje de begonias.

El duque, aunque frisaba en los cincuenta y seis, era derecho, elegante, distinguidísimo hasta en su lucia y limpia calva; usaba no sé qué cintajo en el ojal, y podría usar, amen de las hidalgas veneras de Alcántara y Santiago, que ya de casta le venían, como dos docenas de insignias de órdenes nacionales y extranjeras, de las más ilustres, concedidas por diferentes gobiernos en justa recompensa del tino y acierto con que durante su ya larga carrera diplomática había desempeñado arduas y peliagudas misiones, y enredado los cabos de más de veinte madejas políticas, que el demonio que las devanase. Ostentaba el duque en su despacho, y enseñaba con orgullo, además de las condecoraciones, pieles de zorro azul, regaladas por el czar, el collar de esmaltes de una momia, obsequio del *jetife*, y un sable japonés de abrirse el vientre, con pedrerías en la empuñadura, gracioso donativo del *nikado*.

En estos títulos fiaba el duque para obtener en breve la embajada más importante quizás de Europa.

Por lo que hace á Sánchez del Abrojo, regordete, sanguíneo, de chispeantes ojos negros, era un médico á la moda, que curaba con su ciencia á la mitad de los enfermos, y con su animación y energía á la otra mitad... siempre que tuviesen cura, por supuesto.

Mientras la duquesa entablaba con el galeno animadísimo diálogo, el duque se acercó al ama, y se inclinó con cierta familiaridad, no exenta de señorial, para ver el rostro de la niña, que maldita la gana que tenía de enseñárselo.

— Golosilla... Hola, estamos tragando, ¿eh? ¿Qué tal se porta, ama? ¿Qué tal se porta?

Y sin esperar la respuesta, volvióse á su mujer y al doctor.

— ¿Le explicas á Sánchez lo de la chiquitina? Amigo del Abrojo: esta nena, con sus dientes, nos da en qué pensar. ¡Oh! y tanto como nos da. Estamos preocupadísimos.

— Ya se ve, única y tardía... — respondió el médico, mientras calculaba para su sayo, tan involuntariamente como el matemático suma dos cifras que ve una debajo de otra, las probabilidades de ulterior sucesión que podía tener aquel matrimonio. — ¿Y que dice el ama? — añadió en alta voz.

— El ama... — murmuró la duquesa... Y recordando de súbito la carta, que aún conservaba en la mano, exclamó: — Á propósito, permítanme Vds.. Un instante... Lo prometido es deuda.

— ¿Qué es eso? ¿Qué carta es esa tan rara? — interrogó el duque.

— Del ama, de Jacinta... Le prometí que se la leería. Es de su gente...

— Si quieres ahorrarte el trabajo... yo me encargo, hija — pronunció con magnánima sonrisa el duque.

— No, gracias...

La duquesa, por instinto, oprimió la carta.

— Pero si es una niñería que te empecies en molestarte... Eso estará escrito en chino.

— Si Vds. quieren que yo... — exclamó oficiosamente Sánchez del Abrojo.

— No, yo he de ser — declaró la duquesa con firmeza. Y diciendo y haciendo, comenzó la lectura:

— «Mi amada y estimada hija Jacinta...»

— Repare Vd. la ortografía de esa pobre gente, Sánchez. — murmuró por lo bajo el duque, que se inclinaba sobre el hombro de su esposa deletreando. — ¡Ponen *Jacinta* con G! ¿Es gracioso, no?

— «Jacinta... me alegraré que al recibo de estas cortas letras...»

— Etcétera. Siempre comienzan así: es ya una fórmula consagrada — explicó gravemente el duque. — ¿Á que añades: «te halles con la cabal salud que yo para mí deseo?»

— «...La mía buena á Dios gracias...» — prosiguió la duquesa. — «Con dolores de mi corazón y alma, estimada hija, tengo que participarte la mayor desd...»

La duquesa, por cuyo rostro se extendía leve palidez, sufrió, llegando á este párrafo, un acceso de tos.

— ¿Ves cómo no entiendes la letra, María? Yo continuaré. «...desdicha que Dios fué servido de mandarnos... y que tu afligida madre y padre y tío Antón tienen el honor de partici...»

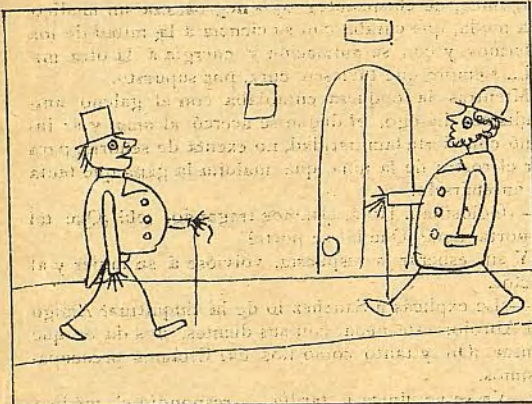
— Te suplico — gritó la duquesa con sorda angustia, — que me dejes acabar... ¿entiendes?

— ¡Ay, Ucencia, por la Virgen Santísima! ¿Qué desgracia será esa? — interrogó el ama, cuyo color de figura de barro cocido se trocaba en palidez de granito recién labrado.

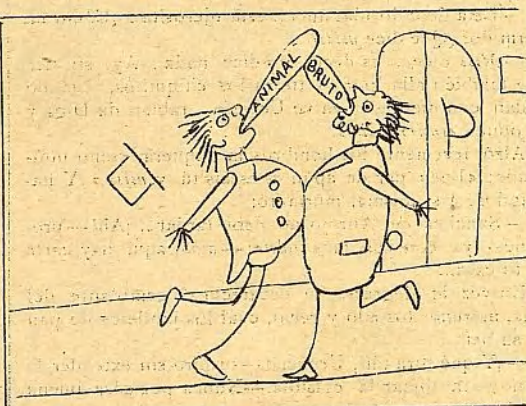
Los Dos Tribales Terribles

no cean

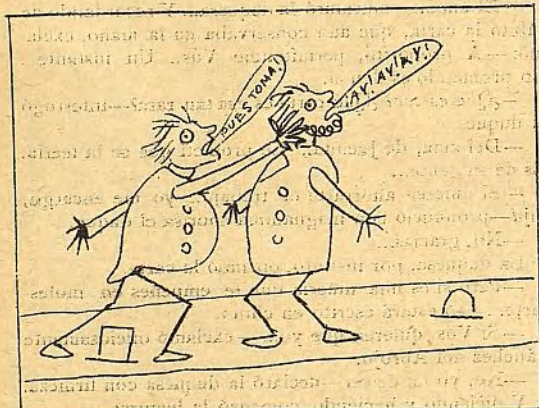
los Tranishuntes Furibundos (historia Muda)



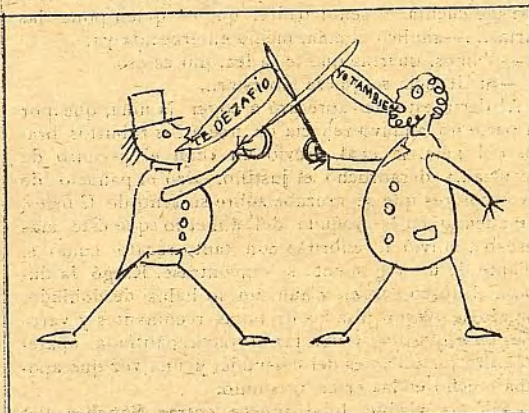
1.



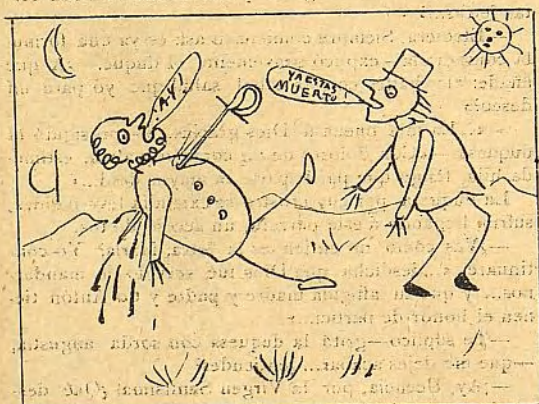
2.



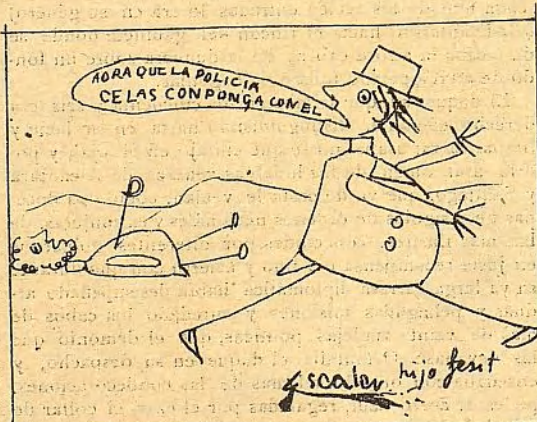
3.



4.



5.

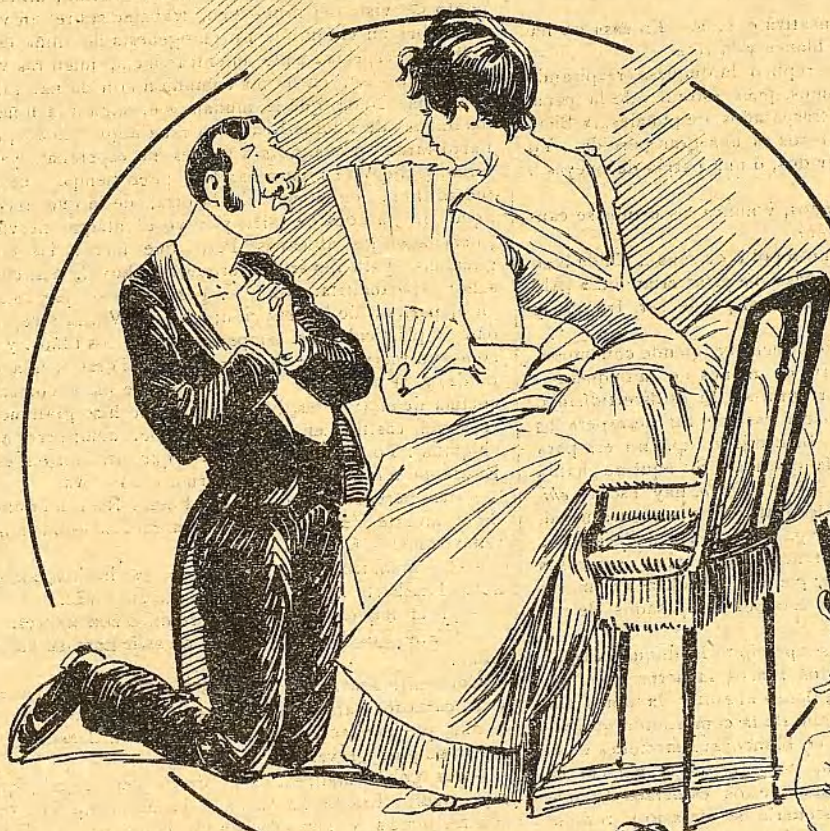


6.

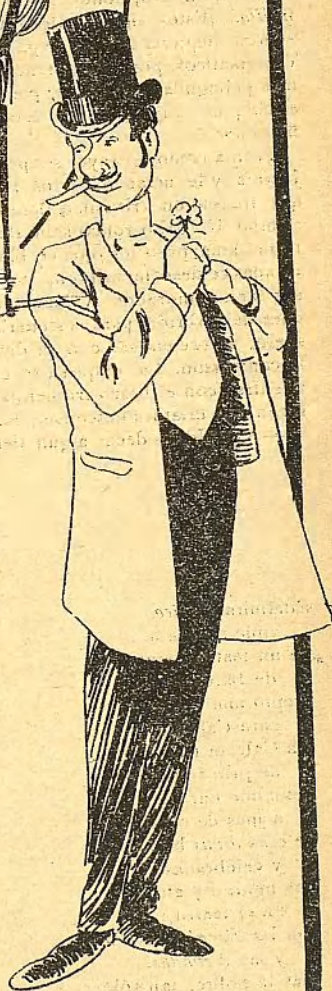
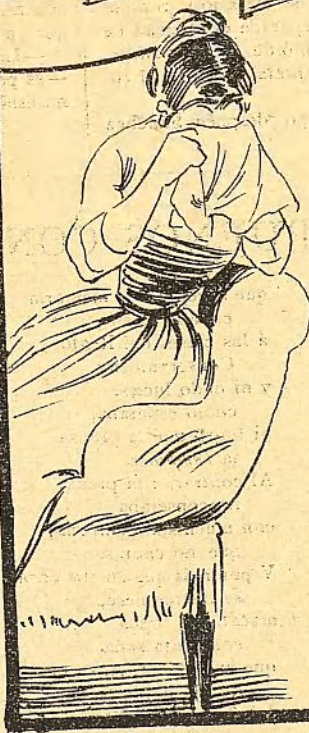
(DEL ALBUM DE MI CHIQUITÍN)

UNA DOLORA DE CAMPOAMOR, por Pons.

A. F. N. S.



Un galán la adoraba,
y ella reía, mientras él lloraba.



Después de cierto día,
mientras ella lloraba, él se reía.

—Verás, mujer... no te asustes, si no es nada... «el honor de participarte... Pues sabrás, estimada hija de nuestro cariñoso amor, como ayer se mu... se murió el novillo nuestro...»

—¡Novillo!—dijo pensativa el ama.—En casa no había sino dos vacas... la blanca y la roja.

—Lo comprarían...—replicó la duquesa, respirando como si suspirase.—Vamos, pues eso no vale la pena, ama... «Todos estamos traspasados de puñales...» Bien, se comprende; para vosotros es una gran pérdida... Yo te daré con qué comprar dos, ó una pareja de bueyes... ¡Eal!

—¡Viva Ucencia mil años, y nunca las manos se cansen!... ¿Qué pone al último?

—«Consérvate como un repollo de sana... Cuida bien á esa infanta de las Españas que estás criando...» ¡Ah! y que les mandes diez duros, si puede ser. Irá eso y mucho más.

—Ahora—dijo el diplomático recogiendo con impensado movimiento la carta de manos de la duquesa—permítame que vea la ortografía... Si es divertidísima.

—¡Calle!—exclamó sin hacer caso de los desesperados ademanes de su mujer.—Bien dije yo que no era para tus ojos esta letra, María querida... Si aquí no habla de novillo... No; donde leíste *novillo*, hay escrito *chiquillo*... ¡Estos signos paleográficos no son para usted, señora duquesa! No me haga usted señas... ¡Pues si los diplomáticos, por oficio, tenemos que saber leer cosas más peliagudas! *Chiquillo*; ¿ve Vd., Sánchez? «Se murió el chiquillo tuyo... Todos estamos traspasados de puñales...»

Pronta como el rayo, se precipitó la duquesa hacia Jacinta y le arrancó de los brazos la tierna criatura, que rompió en tristísimo llanto al soltar la ubre. Era tiempo. Un grito ronco salió de la comprimida garganta del ama; puso los ojos en blanco; sus facciones amoratadas se descompusieron, y leve espuma apareció en sus labios morados. A pesar de los esfuerzos de Sánchez del Abrojo para sostenerla, se desasíó y rodó al suelo, retorciéndose con la desesperada elasticidad de la convulsión. La duquesa se colgó de la campanilla, mientras con el brazo izquierdo apretaba contra su corazón á la criatura desconsolada.

—Vea Vd.—decía algún tiempo después Sánchez

del Abrojo á su compañero el doctor Cortadillo, en ocasión que salían juntos de San Carlos;—yo lo he creído siempre: es preferible, es más lucido, desde el punto de vista del pronóstico, trabajar sobre un viejo que sobre un chiquillo. La patogenesia del niño es difícilísima, especialmente mientras lacta, mientras vive, por decirlo así, en íntima comunión con la naturaleza femenina. Nada, que le mudamos el ama á la niña de los duques de Fuente-Real (una niña algo delicada, que nació tarde, y cuando sus padres no esperaban ya familia, ¿sabe Vd.); pero bastó el poco tiempo que por fuerza hubo de mamar de la otra, de la que recibió aquel tiro á boca de jarro y tuvo el ataque nervioso (¡nervios en las aldeanas! Pero ¿qué fueron las energúmenas?) para llevar á la criatura al hoyo... ó al cielo, señor espiritualista: como V. guste. Claro que estaba en el período de la dentición; ya sabe Vd. la receptividad, la plasticidad del temperamento de los niños; y así como un fuerte golpe no derriba, verbi gracia, una cómoda, y si un objeto pequeño que se halle colocado encima de ella, la terrible impresión no hizo gran mella en aquel castillo, en la mocetona del ama; pero á la chiquita... Yo por lo menos tuve que atribuirlo á eso. El ataque á la cabeza afectó forma convulsiva.

—¡La heredera del duque de Fuente-Real, muriendo de la muerte del hijo de una labradora!—murmuró reflexivamente Cortadillo.

—El dinamismo incalculable de los hechos, amigo mío... Heriberto Spencer pone eso en su punto.

—¿Y el duque?—preguntó Cortadillo con interés.

—¡Calle Vd., hombre! Acaba de salir para su embajada...

Cortadillo sonrió con su boca amarilla y sin dientes, y los carnosos labios de Sánchez del Abrojo hicieron el dúo, plegándose con ironía indefinible. Después su rostro se puso grave.

—La pobre madre... la pobre duquesa... ¡Ah, qué espectáculo! Esa se ha quedado en Madrid... La veo con frecuencia, y bien necesita mis cuidados, se lo aseguro á Vd.

—Lo que necesitará sobre todo—advirtió Cortadillo—es paciencia, y creer á puño cerrado que esa criatura no está sólo en la fosa, compañero del Abrojo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

BUENOS CONSEJOS

Edelmira *Pellico*,
triple absoluta
de un teatro barato
de Barcelona,
aceptó una contrata
para Calcuta,
y á Calcuta marchóse
de prima-donna,
deseando dar celos
á más de cuatro
de esas *divas* hermosas
y celebradas
que figuran y alternan
en el teatro,
con las *Borghis* las *Pattis*
y las *Nevadas*.
Mas la pobre, tan sólo
cantar sabía
cinco ó seis partituras
del repertorio

que aprendió de memoria
cuando asistía
á las clases del Regio
Conservatorio;
y ni pudo lucirse
como esperaba,
ni logró que la prensa
la *bombeara*.
Al contrario: la prensa
le aconsejaba,
con muchísimo empeño,
que no cantase.
Y por más que en sus obras
se distinguiese,
atacábanla todos
con tanta saña,
que cualquiera, en su puesto,
de fijo hubiese
dejado aquellas tierras
y vuelto á España.

Pero ella, que nunca
sintió desmayos,
ni aun en cosas de mucha
más importancia,
duplicó los estudios
y los ensayos...
y á fuerza de trabajos
y de constancia,
consiguió que la suerte
fuese propicia
á su esfuerzo, á su gracia
y á su talento,
y acabó por ser dueña
de la milicia,
de la prensa, del clero
y el parlamento.
Y aquellos que dijeron
que no valía,
y su voz encontraron
confusa y ronca.

y era raro, muy raro,
dejasen día
de los que ella cantaba
sin *armar bronca*,
cuando hacia Edelmira
La Traviata,
prodigábanla aplausos,
flores, coronas....
y llamábanla á coro
la flor y nata

de las buenas mujeres
y primas donnas.
Y lo que es más seguro
que todo eso:
regalábanla tantos,
tantos doblones,
que acabó la *Pellico*
por ser un Creso;
(pero Creso sin barbas
y sin calzones.)

Por eso cuando alguna
tiple absoluta,
se encuentra sin recursos
y sin contrata,
le aconseja Edelmira
vaya á Calcuta,
y haga siempre que pueda
La Traviata.

ANTONIO LIMINIANA.

DÍALOGO

—Dame un beso
—No ha de ser.
—¡Ya no me tienes amor!..
—Es que defendo mi honor,
que es joya de gran valer.
—Pero, ¿sabes qué es un beso?
—¡Aprecias tú su dulzura?
—Sí: me lo ha explicado el cura,
y le oí con embeleso.

Dice que el beso es chasquido
del aliento de una hermosa
que une sus labios de rosa
con los de amante atrevido;
dice que luego se siente
un placer embriagador,
y con el placer, calor,
porque la sangre está hirviendo;
que es un loco devaneo

que hace al corazón sufrir,
pues nunca llega á sentir
que se extingue su deseo;
que remuerde la conciencia,
que se siente una amargura.....
—No prosigas: ¡ese cura
lo sabe por experiencial!

EDUARDO VILLEGAS

CHIRIGOTAS

Leo:
«El gobernador de la provincia, Sr. Ojesto, ha recibido la visita de los Sres. Girona, Marqués de Comillas, Marqués de Alella y otros, quienes le han felicitado por no haber ocurrido nada durante el 1.º de Mayo.»
Bueno: que le feliciten.

Pero ¡carambal bien podían Vds. haber felicitado también á los obreros. Siquiera porque ellos son los que han hecho que aquí no ocurriera nada de particular.

¡Ellos, ellos!

Lo que me hace mucha, pero muchísima gracia, es lo de felicitar... por no haber ocurrido nada.

Porque así cualquiera se pasa la vida recibiendo felicitaciones.

Yo no me he casado jamás. Pues, felicitación al canto, por no haberme casado. He venido hoy á la imprenta sin que me haya caído una teja en la cabeza por el camino. Pues... felicítenme Vds. por haber llegado con la cabeza sana...

¡Va á tenerse que pasar uno la vida dando y recibiendo enhorabuenas!

—Pero... oiga Vd. señor redactor.

—Diga Vd., caballero lector.

—El Sr. Ojesto dió ordenes, tomó medidas, gracias á las cuales no ha ocurrido nada. Por eso se le felicita y á eso se refieren los que le dirigen felicitaciones.

—Pues, eso es lo que no debe ser, porque no es justo. Lo que ha pasado aquí es que los obreros han tenido el talento de comprender que estaban en condiciones desventajosas para la lucha... y no han luchado. Y á ausencia de enemigo, victoria completa. Más vale así; más vale que la tranquilidad no se haya turbado ¡y ojalá no se turbe nunca!; pero ¡que no se dé tono quien no tenga por qué dárselo!

Ha dejado de formar parte de la compañía del Eldorado el actor Julio Ruiz.

Hombre, lo siento.

Ruiz es un *actorazo*. Artista concienzudo y de buena ley, cuando está sereno y él quiere, no hay quien le gane á decir bien y á trabajar con naturalidad y con *sombra*.

Por eso siento que no trabaje. Pero...

Oiga Vd., señor Ruiz.

Quien, como Vd., se debe al público, y á un público que le celebra y le aplaude y le quiere, tiene la obligación—si señor; la obligación precisa—de sacrificarle algo, y más cuando este *algo* son gustos y aficiones que pueden llevarle á cometer actos que, aún perteneciendo á la vida privada, influyen forzosamente en la vida pública, en la del actor, que es en la que todos tenemos derecho á meternos.

En el remitido (muy mal escrito, por cierto) que publicó Vd. en *El Noticiero*, se lamenta de que la empresa le haya despedido.

Yo lo lamento también. Lo lamento... pero lo justifico y lo comprendo.

Esta es la verdad; dura, si Vd. quiere, pero verdad neta y clara.

Todo lo cual no quiere decir que no celebrara yo infinito que, arregladas las diferencias que han surgido entre Vd. y la empresa, volviera Vd. á trabajar.

Crea Vd. que así, en bien del arte, y del público, lo desea sincerísimamente su afectísima s. s. q. s. m. b.

LA SEMANA CÓMICA.

¡Anda, anda! Ahora salimos con que Escaler ha hecho un drama.

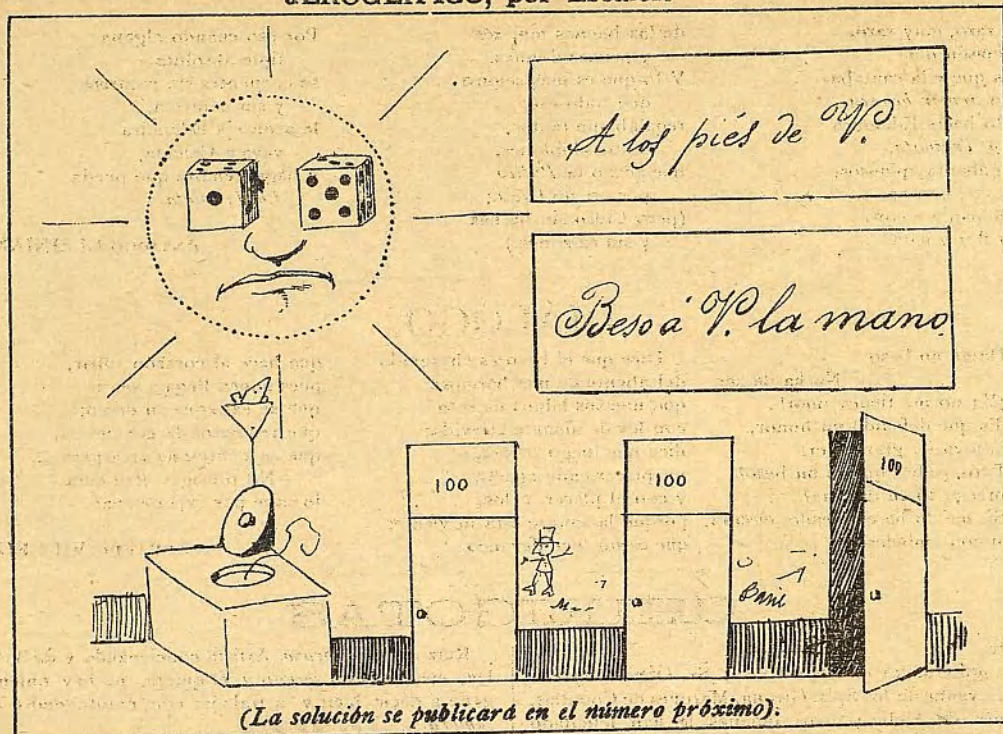
Drama que, según he leído en los periódicos, le estrenarán en Romea en la próxima temporada.

Pero, Ramón, hijo mío, ¡tu eres un chorrol!

Dibujos, monólogos, dramas...

Si te da por usurpar
el trabajo de los otros,
te vamos á fastidiar
¡pues nos pondremos nosotros,
en desquite, á dibujar!

LA SEMANA COMICA
JEROGLIFICO, por Escaler.



ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre.	2'50 ptas.
Fuera..	Semestre.	5

NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.



LA ECONOMICA
25, San Ramón, 25
—3%—
La casa que vende más barato
en Barcelona.
SOMBREROS INGLESES
de 5 á 10 pesetas.
Kiosco con muestras en la Rambla, (frente
al Liceo).

RON BACARDÍ

PREPARADO POR

BACARDÍ Y C.^A

Santiago de Cuba.

—● PROVEEDORES DE LA REAL CASA ●—

Pídase en todos los Colmados, Cafés y Ultramarinos.

WENCESLAO PONS

BOTERS, 8. — BARCELONA